

Los orígenes del cristianismo en la Argentina

Enrique de GANDIA

Una vieja leyenda americana, de los primeros tiempos de la conquista, decía que el Apóstol Santo Tomás había traído el cristianismo desde la India a nuestro continente, en un viaje maravilloso, lleno de prodigios y de milagros.

Referíase que aquel Apóstol había dejado la huella de sus pies en las rocas de muchos lugares de América, y los indios repetían que, según las tradiciones de sus mayores, aquel hombre misterioso tenía una barba muy larga y muy blanca y unos ojos azules que miraban con una luz extraña.

Los viejos conquistadores, que en las noches claras de América gustaban evocar historias antiguas y narraciones fantásticas, contaban a los recién llegados que mucho tiempo antes que ellos anduviesen por aquellas selvas jamás cruzadas por los blancos, había pasado por ellas el Apóstol Santo Tomás, curvo bajo el peso de sus muchos años, con una tosca cruz de madera en la mano, abriéndose el camino por entre la espesura, sin temor de las fieras, que permanecían inmóviles, y de los indios, que callaban absortos en un religioso temor.

Por su parte, en la lejana Europa, los eruditos meditaban sobre estas tradiciones y acumulaban argumentos en pro de la discutida predicación de Santo Tomás en América antes de la llegada de los primeros españoles. La leyenda seducía y por mucho tiempo fue creída. Hoy los estudios modernos han relegado al mundo de las fantasías las bellas ficciones de otros siglos. Se ha comprobado, por medio de análisis comparativos de textos, que las andanzas atribuidas al fabuloso Santo Tomás fueron calcadas sobre las acciones de los predicadores indígenas; que los eruditos las embellecieron con pormenores jamás realizados, en su afán de probar un hecho que

creían cierto, y, por último, que Santo Tomás murió en el Oriente ignorando, como todos ignoraban en aquel entonces, la existencia de América.

* * *

Los orígenes del cristianismo en el Nuevo Mundo comienzan con las expediciones descubridoras de los españoles.

En la Edad Media, en las costas septentrionales del Continente Norte Americano, había factorías de normandos entre los cuales se cree que vivían sacerdotes católicos. Los pescadores vascos y cristianos del Cantábrico durante un siglo antes del descubrimiento de América llegaban a las costas de Terranova; pero en estas expediciones no dejaron en el Continente ningún rastro de la doctrina de Jesús.

Fue más tarde, con los navíos de los conquistadores españoles y la acción incomparable de los misioneros, cuando la palabra de Cristo se expandió por las tierras de América.

* * *

En nuestra Patria, el origen del cristianismo se ha tratado de hallarlo en la expedición de Juan Díaz de Solís, que descubrió el Río de La Plata en el año 1516.

Sin embargo, no hay ninguna constancia de que en la expedición de Solís haya venido sacerdote alguno. Por otra parte, aunque hubiese venido no habría desembarcado, ni mucho menos dirigido la palabra a los indígenas.

* * *

En enero de 1520 llegó al Río de La Plata, frente al Cerro de Montevideo, la armada de Hernando de Magallanes. A su bordo venían dos clérigos: Pedro de Balderrama y Pedro Sánchez de Reina. No se detuvieron en el Río de La Plata. Pasaron de largo hasta las costas de la Patagonia, donde Magallanes decidió invernar en el puerto que llamó de San Julián. Allí ocurrió una rebelión, que Magallanes dominó con audacia y valentía, y el clérigo Pedro Sánchez de Reina —por causas que no han sido bien precisadas— fue abandonado por Magallanes en aquellas costas salvajes y frías, en compañía de un capitán de nombre Juan de Cartagena.

El clérigo Pedro Sánchez de Reina —el primer sacerdote que des-

embarcó en la tierra argentina— debió morir, lo mismo que Juan de Cartagena, de hambre o a manos de los indios. “La historia ignora su suerte —dijo en un comentario el P. Antonio Larrouy—. La poesía la dirá tal vez”.

* * *

Muerto Magallanes en Oceanía y cumplida la primera vuelta al mundo por Juan Sebastián de Elcano en la nao “Victoria”, el Rey Carlos V encomendó a fray García Jofre de Loaysa, Comendador de la Orden de San Juan, la empresa de dirigirse al Oriente lejano y misterioso, a cargar sus naves de perlas y de especias. Fray García Jofre de Loaysa partió de La Coruña en julio de 1525 llevando como piloto a Juan Sebastián de Elcano.

A bordo de esta armada venían tres clérigos. Uno de ellos, un vizcaíno de veintiseis años, llamado Juan de Areizaga, desembarcó en el Estrecho de Magallanes y se enfrentó con un grupo de patagones. Los indios se dirigieron al clérigo Areizaga hablándole en tono amenazador. El clérigo los enfrentó contestándoles en vasco y en tono más amenazador todavía. Los salvajes huyeron....

Conocido es el triste fin de esta expedición en que hallaron la muerte fray García Jofre de Loaysa y Juan Sebastián de Elcano. Unas naves huyeron; otras se perdieron. La nave en que iba el clérigo Juan de Areizaga cruzó el Estrecho, subió a todo lo largo del Océano Pacífico y llegó a unas tierras que los españoles no conocían. Allí, el clérigo Areizaga decidió alcanzar la costa; pero como la nave no podía acercarse, se lanzó a la mar en un cajón de madera, suelto de ropas, con una espada en la mano para defenderse de los salvajes. El cajón se volcó y el clérigo Areizaga se salvó nadando. Los indios le salieron al encuentro; pero con gran asombro, no lo atacaron. Levantaban los brazos al cielo y le decían: “¡Santa María!”. Eran indios cristianos de Tehuantepec, en Nuevo Méjico. Al poco tiempo, el clérigo Areizaga fue recibido por Hernán Cortés. No sabemos lo que hablaron aquellos hombres. Lo indudable es que el clérigo Areizaga no habrá dejado de referir a Hernán Cortés su disputa en vasco con los gigantes patagones. Era lo maravilloso que comenzaba a llenar las leyendas de la Patagonia.

* * *

Los verdaderos orígenes del cristianismo en el Río de la Plata se hallan en la expedición de Sebastián Caboto.

Este navegante veneciano, cuya historia es un tejido de intri-

gas y de aventuras, firmó una capitulación para dirigirse al Oriente siguiendo las huellas de Juan Sebastián de Elcano y dar por segunda vez la vuelta al mundo; pero sus propósitos, aun antes de partir, fueron los de explorar el Río de Solís, llamado por los portugueses Río de la Plata. Este río misterioso, del cual habían llegado a España, con los sobrevivientes de la armada de Solís y otros exploradores anónimos, noticias sorprendentes, según las cuales conducía a un imperio fantástico, gobernado por un Rey Blanco, encendió la imaginación de Sebastián Caboto y de todos los tripulantes de la armada cuando ésta fondeó en la costa del Brasil.

Hay que comprender lo que era aquella expedición para darse una idea de cómo vino el cristianismo a nuestras tierras.

Los hombres de la armada de Sebastián Caboto primero creían dar la vuelta al mundo y luego cuando supieron de los portugueses de Pernambuco y de los naufragos de Solís que a muchas leguas de distancia había ciudades desconocidas, soñaron con la conquista de un imperio más grandioso que el de México.

Nobles, ricos y pobres, analfabetos y juristas: la pasión de la aventura los arrastraba a todos por igual; la ilusión del oro a todos los cegaba; los sufrimientos comunes a todos los igualaba. Vivían con intensidad; soñaban como nunca otros hombres soñaron. Ya no se sabe lo que es ir a la conquista de lo ignoto, pisar tierras que nunca nadie ha pisado, alcanzar imperios cuyas ciudades nunca ha visto nadie. Entonces se iba al descubrimiento de otros mundos, de otros reyes, de otros hombres y de otras mujeres. No podemos imaginar las fantasías y los delirios de aquellos conquistadores. Hoy el mundo es viejo; todo ha sido visto, explotado y profanado. Entonces todo era nuevo: los ríos, los montes, las gentes, las riquezas, los cantos de los indios al son de tambores salvajes en las selvas llenas de misterio y susurros de terror, la voz del viento, el ulular de las fieras, el llamado de los bosques impenetrables, las sombras de los árboles enormes.

Muchos de aquellos hombres habían partido apenas llegados de otros viajes o en el descanso entre dos combates. Todavía recordaban las luchas contra los moros. Comprendían que América era el campo de las nuevas aventuras, de las nuevas conversiones y que las cruzadas al Nuevo Mundo eran más entusiastas y grandiosas que las cruzadas de otros tiempos a Tierra Santa.

Un escritor español poco conocido —Vasco Díaz Tanco de Fragenal— declaró en una de sus obras llamada “Jardín del alma cristiana”, que había compuesto un libro titulado “Los seis

aventureros de España”, en que demostraba que de los seis aventureros que componían el pueblo español “uno va a las Indias y el otro a Italia y el otro a Flandes y el otro está preso y el otro anda entre pleitos y el otro entra en religión. E como en España no hay más gente destas seis personas sobredichas”.

Pues bien: cualquiera de los conquistadores que habían embarcado en la armada de Caboto había andado en Italia o en Flandes, sabía lo que era un presidio y no le habían faltado pleitos. Sondar las almas de aquellos hombres es empresa imposible. Cada alma era un mundo de tragedias y de esperanzas. ¡Quién sabe si algunos hasta pensaban proclamarse príncipes!

De todos aquellos conquistadores, para nosotros hay dos hombres que se destacan con perfiles propios, que son la antítesis uno del otro y representan los polos opuestos de la armada: Sebastián Caboto, el capitán general, el jefe supremo que violaba las capitulaciones, se reía del Rey de España y no sabía lo que eran obstáculos para su ambición y sus deseos, y Francisco García, el clérigo de la armada, el primer clérigo que residió tres años en nuestra Patria y dijo misa casi todos los días a orillas de nuestro gran río. También él era un conquistador; pero no un conquistador que soñaba con montañas de oro, sino con miles de indios convertidos.

Sebastián Caboto era un hombre de la Edad Media. Su mente se hallaba llena de las leyendas de los antiguos navegantes, que él había aprendido desde niño, en los mares del Norte, y por ello creía en la existencia de tierras fabulosas y de ciudades encantadas. Delgado, con una barba blanca, en punta, que le cubría el pecho, siempre vestido con una especie de manto negro, parecía un mago salido de entre las retortas y alambiques para conducir una armada por medio de encantamientos. Su ciencia náutica, según los técnicos de entonces, era deficiente; pero él se jactaba de conocer la astrología y creía en las revelaciones del otro mundo. Había vivido largos años en Inglaterra, en Italia, en España y otros países, intimando con reyes, navegantes, aventureros, cosmógrafos, astrólogos y bandidos. Nadie sabía a punto cierto su nacionalidad. Había pruebas de su nacimiento en Venecia; pero él no había vacilado, cierta vez, en declararse inglés y, por otra parte, se sabía que parientes lejanos suyos vivían en Cataluña. Su pronunciación no revelaba su patria. Hablaba, como si hubiera sido su idioma, el inglés, el italiano, el español, el genovés, el portugués. Entendía las jergas de los marineros levantinos, el griego y el latín. Decíase que hablaba en catalán con su amigo Miguel Rifos. De este

modo cada cual se creía su compatriota. Así se explica que tuviera corresponsales en todas las naciones, que lo informaban de los secretos de las cortes y de los planes de los descubridores. Nadie conocía el verdadero fondo de sus ideas. Su ciencia máxima era la de saber engañar; pero a veces se engañaba a sí mismo y entonces combatía sus propios errores como si fuesen enemigos a quienes hubiese que eliminar. Todo lo lograba con audacia o con prudencia, consiguiendo la amistad de los poderosos, la fe de los humildes, el temor de los contrarios. Hombre de pasiones violentas, estallaba en ataques de ira, pero luego se calmaba, fingía que el olvido había caído sobre la discusión y mucho tiempo después aparecía la venganza, incubada durante meses y meses, perfeccionada en sus detalles para que fuera más eficaz y segura. Imperativo y dominante, a ciertas personas las esclavizaba y a otros las hacía creer que era él el dominado. Tenía fama de temerario por algunas aventuras audaces, y también tenía renombre de egoísta por la indiferencia con que había huído de muchos peligros. No jugaba a los juegos de azar, pero en cambio era un gran jugador del Destino. De su vida amorosa nada se sabía. Todos lo habían conocido viejo, con el cariño de su mujer, doña Catalina de Medrano. Ella se le aparecía en sus recuerdos cuando se hallaba bajo cielos que nunca habían visto cristianos, cuando los indios encendían fogatas a las orillas de las costas, esperando que los conquistadores saltasen de sus naves, para matarlos. Tal vez su mujer fuera su último amor, ese amor en que se resume la esencia de todos los amores. Francisco García, el único clérigo de la armada que debía ayudar a bien morir a los conquistadores que abandonaban este mundo, era, en cambio, el hombre fuerte por dentro y débil por fuera. Humilde y disciplinado, sabía acatar las órdenes del capitán general y rebelarse, también, cuando ellas eran injustas o herían su dignidad. No temía defender a quienes necesitaban una ayuda, aunque hubieran incurrido en la ira de Sebastián Caboto. En todos los episodios que conocemos de su viaje, siempre se destaca con un carácter definido y resuelto. Nada se sabe de su vida antes de embarcarse en la expedición de Caboto, salvo de que era portugués, nacido en la población de Hinojosa, y que en la época de su llegada al Río de la Plata tenía treinta y siete años.

Era hombre joven, abnegado y entusiasta como los clérigos de aquel entonces que marchaban a tierras de infieles con la alegría de quien se dirige a una fiesta.

Su biografía comienza con su título de "clérigo de la armada", a bordo de la nao "Trinidad", y termina con el regreso a Es-

paña de la expedición de Caboto. "Se asemeja — hemos dicho en un libro que le consagramos— a las biografías de la mayor parte de los conquistadores que pasaron a la historia por haber venido a sufrir en nuestra América y se sumieron nuevamente en el olvido apenas regresaron a la obscuridad feliz de su patria".

Francisco García acompañó a Caboto en sus viajes descubridores por el río Paraná hasta el Paraguay y residió desde el año 1527 al 1529 en la pequeña población que los españoles construyeron alrededor de la fortaleza de Sancti Spiritus.

Esta fortaleza la hizo levantar Sebastián Caboto en la confluencia del río Carcarañá con el Paraná para tener un lugar de refugio y un punto de abastecimiento desde donde iniciar sus exploraciones en busca de la Sierra de la Plata.

Al principio, al ver a los españoles, los indios huían o se quedaban mudos de estupor contemplando las velas henchidas de viento y las armaduras relucientes al sol. Pero luégo, cuando comprendieron que aquellos hombres blancos, con barbas negras y rubias, se convertían en esposos de sus hijas y de sus hermanas y que ellas los querían como si hubiesen sido de su misma raza, los ayudaron a construir el fuerte, como parientes y amigos, y a levantar las chozas en que cada español vivía con su mujer india. De este modo los conquistadores construyeron unas veinte casas de paja, cada una con su huerta bien sembrada, en la cual florecían las semillas de España.

A veces, hacia el caer de la noche, los indios cantaban acompañados por otros indios que tocaban una flautas. Eran voces tristes, con un acento que impresionaba profundamente a los españoles. Parecían cantos de espíritus, voces de muertos. Hubiérase dicho un lloro muy largo, un lloro incomprensible. En ciertos instantes las voces parecían una caricia amorosa y cuando callaban quedaba en el ambiente una especie de soplo sensual. Entonces algún español cantaba canciones de Andalucía, de raigambre mora, con palabras que hablaban de flores, de puñales y de besos. La voz sonaba límpida como si estuviera bajo el cielo de Sevilla y los salvajes escuchaban absortos aquel canto que nunca habían oído y que despertaba en sus almas emociones que ni soñaban poseer.

Los lunes, viernes y domingos, el clérigo Francisco García decía misa en la cámara que Sebastián Caboto tenía en el fuerte, toda bien adornada con cueros de dibujos en relieve. Por las noches, en la misma cámara, se cantaba la salve.

Los conquistadores se reunían en estas horas de oración pa-

ra elevar sus preces a Dios y trasladarse, con sus recuerdos, a la lejana España. Cada cual se veía en su aldea, en la penumbra de la pequeña iglesia, contemplando en el altar la figura de Cristo y las sonrisas de los santos. Recordaban que antes de partir, sus madres, sus esposas o sus novias habían tratado de disuadirlos de aquel viaje demasiado grande para que pudiera cumplirse; recordaban, ahora, sobre todo, que les habían dicho que la felicidad no estaba en la lejanía del horizonte, ni en las hipotéticas riquezas que esperaban hallar en las tierras de los indios, sino en el hogar que abandonaban, al lado de sus seres queridos; pero ellos se habían sentido jóvenes y fuertes, capaces de lanzarse a la conquista de las estrellas; se habían despedido de sus madres y de sus novias diciéndoles que volverían ricos, y de sus hermanas asegurándoles que les traerían dote para casarse; y así se habían embarcado en aquella expedición que en vez de dar la vuelta al mundo se había encerrado en aquel río de nombre prometedor, pero que no ofrecía más que desengaños y una espera angustiosa e interminable.

Los argentinos no debemos de olvidar que en la confluencia del río Carcarañá con el Paraná, en un punto exactamente identificado, a corta distancia de Rosario y de Santa Fe, se levantó la primera iglesia que hubo en nuestra Patria y que fue también allí donde se dijo misa por primera vez en el Río de la Plata.

El fuerte de Sancti Spíritus, con la pequeña aldea que se formó a su derredor, es asimismo la primera población española que hubo en nuestro país. Por razones de tiempo no podemos ahora describir la vida apacible que allí llevaban los conquistadores. Para ello tendríamos que ser poetas y sólo somos aficionados a los documentos antiguos. Por ello nos parece ver la escena que encendió la chispa del odio en el pecho de los indígenas y trajo más tarde la destrucción del fuerte de Sancti Spíritus.

Era un día de sol. Caboto se paseaba a la orilla del río con las manos ocultas dentro de las anchas mangas de su capote. A su lado, un grupo de españoles esperaba sus preguntas para contestarlas solícito. De pronto, Caboto vió a un cacique que pasaba por el río navegando en su canoa. Lo llamó, mas el cacique siguió de largo. Lo llamó otras veces, a gritos, y entonces el cacique se acercó a la costa y en pocos pasos estuvo frente a Caboto. El capitán general, irritado por aquella tardanza, recibió al indígena a bofetadas y hasta se cuenta que echó mano al puñal. El indio, asustado, trató de huír; pero dos conquistadores lo apresaron y uno de ellos le clavó un cuchillo en el hombro.

Este suceso y unos asaltos que los españoles dieron a los indígenas de los contornos y del río Paraguay, fueron el origen de la terrible venganza que los indios prepararon en contra de los pobladores de Sancti Spíritus.

Los guaraní atacaron esta población una mañana, media hora antes que saliese el sol. Los conquistadores se despertaron por la gritería de los salvajes y vieron que la fortaleza se hallaba envuelta en fuego. Todos salieron de sus casas, semi desnudos, sin armas, y corrieron a los bergantines para salvarse y huír de Sancti Spíritus. Unos pocos conquistadores intentaron hacer frente a los indios; pero cayeron heridos por las flechas y los sobrevivientes tuvieron que retroceder.

Aquellos hombres que en otros tiempos habían sonreído a la muerte como quien sonríe a una novia, ahora huían atemorizados, como si supieran que era inútil luchar. Fatalistas, con ese fatalismo inconsciente que habían heredado de los musulmanes y ese otro fatalismo que infunde la resignación cristiana, comprendían que sólo los bergantines, después de Dios, podían salvarles las vidas y corrían en su busca para sentirse seguros en la corriente del río.

El ataque de los indios y la destrucción del fuerte no les caían de sorpresa. Los presentían. Desde hacía mucho tiempo, en todos los ánimos había una inquietud justificada. Se esperaba la venganza de los indígenas; esa venganza que tarde o temprano nunca deja de llegar. Tres años de tranquilidad era demasiado tiempo de paz. Las armaduras se habían vuelto ruginosas. Algunos conquistadores tenían las espadas torcidas. No era posible que ellos, que habían venido a América para combatir, envejeciesen en aquel rincón del mundo. La lucha había recommenzado; pero esta vez, la lucha, para ellos, en vez de ser un triunfo era una derrota.

Al clérigo Francisco García le correspondió en esta tragedia el papel más heróico. Cuando oyó los gritos de los indios salió de su choza con una espada en la mano a impedir la masacre. A voces llamó a los españoles para que no abandonasen el fuerte; pero todos huían y una flecha vino a clavársele en el pecho. Entonces, como aún podía sostenerse en pie, corrió otra vez a su choza para salvar a un muchacho que le servía de paje. Los indios se acercaban cada vez más. La fortaleza era una inmensa hoguera. Ya casi nadie quedaba en la costa. El clérigo y el paje corrieron a la orilla del río, entraron en él y con el agua a la garganta alcanzaron el bergantín de Gregorio Caro que ya se alejaba siguiendo la corriente.

Así se perdió Sancti Spíritus. De la fortaleza y de la pequeña

población de españoles — como dijo más tarde uno de los sobrevivientes— sólo quedaron unas vergas “porque eran de hierro”.

El clérigo Francisco García regresó a España con los conquistadores que se salvaron del desastre y llegó a la Península en el año 1530.

Nuestra Patria, después de haber contado durante tres años con una casa de oración, quedó nuevamente abandonada a la soledad de sus selvas vírgenes y de sus pampas misteriosas, arrasadas por el viento salvaje.

* * *

En el mes de noviembre del año 1531, el navegante portugués Martín Alfonso de Souza llegó a las costas desiertas del Río de la Plata y tomó su posesión en nombre del Rey de Portugal.

Cuatro años más tarde, el 24 de febrero de 1535, Simón de Alcazaba, gobernador del Estrecho de Magallanes y de una gran zona de tierra en la costa del Pacífico, no pudiendo cruzar el Estrecho se detuvo en la actual caleta de Olmos, en el Chubut, y allí hizo levantar una iglesia de lonas y velas; pero los hombres de la armada en vez de rezar a Dios pensaban en proyectos locos y pronto aquellas frías regiones presenciaron una tragedia novelesca: los conquistadores se amotinaron, mataron a puñaladas a Simón de Alcazaba y huyeron con las naves para dedicarse a la piratería. Unos pocos que continuaron fieles al Rey de España se dirigieron a las costas del Brasil, pero cayeron en manos de corsarios y sólo al cabo de grandes aventuras consiguieron llegar a la isla de Santo Domingo, en las Antillas.

* * *

El Río de la Plata seguía solitario y abandonado; pero en el año de 1536 aparecieron de nuevo en estas playas otros hombres. Eran los de la armada de don Pedro de Mendoza. Todos se sentían fuertes como para vivir una epopeya. Los había jóvenes que salían por primera vez del lado de sus padres, y los había viejos que contaban tantas campañas como cicatrices tenían en el cuerpo. Muchos habían peleado juntos en Flandes y en Italia. Otros habían pretendido el amor de una misma mujer y ahora se encontraban lejos, bajo otros cielos, arrastrados por otras ilusiones más fuertes que la del amor. Algunos, como Almagro, habían huído de España después de haber matado a sus rivales en duelo. Otros habían perdido a los naipes una fortuna y ahora marcha-

ban a América en busca de oro. Todos habían nacido bajo la misma estrella de la aventura. Su destino era el de combatir. Si no combatían contra los indios, tenían que combatir contra los turcos o los corsarios. Más valía, pues, lanzarse a la conquista de un mundo nuevo, que matar infieles en Africa. De este modo, ellos que habían partido pobres y desconocidos, volverían ricos y famosos.

Buenos Aires nació bajo la advocación de una Virgen: de la Patrona de los navegantes, la Virgen del Buen Aire. Don Pedro de Mendoza así bautizó la nueva ciudad el día de San Blas, el 3 de febrero de 1536. La ciudad, que entonces era un fuerte con empalizadas que encerraban unos dos mil hombres, se levantaba sobre la barranca, mirando al río y divisando a una media legua el Riachuelo. Frente a la costa se bamboleaban las carabelas, de colores brillantes que reverberaban bajo el sol. Dentro del recinto de la ciudad había una pequeña iglesia de muros de tierra en la cual oficiaba el primer cura párroco de Buenos Aires, Julián Carrasco.

A la orilla del río, Francisco Ruiz Galán hizo levantar cuatro iglesias de madera y de lonas para que en ellas pudiesen oír misa los hombres que permanecían en las carabelas. Estas iglesias las atendían el bachiller Martín de Armentia, el jerónimo fray Isidro y otros clérigos.

Los conquistadores no habían cruzado el Océano y triunfado de tantos peligros para estarse con los brazos cruzados, soñando con ciudades que no podían venir a su encuentro. Había que ir las a conquistar, pese a todos los obstáculos y a todos los desalientos.

Cuando la situación comenzó a hacerse crítica por el hambre que se sufría y los ataques de los indígenas, Juan de Ayola remontó el Paraná y el 15 de junio de 1536 —el mismo día que en Buenos Aires se libraba un combate sangriento— fundó un fuerte con el nombre de Corpus Christi.

Luégo sabemos lo que ocurrió: Ayolas regresó a Buenos Aires, precisamente la noche en que don Pedro de Mendoza, harto de tantas desgracias y sufrimientos, estaba por embarcarse y huir a España, y lo llevó consigo a Corpus Christi, donde los indios y un sobreviviente de la armada de Caboto dieron a los españoles noticias sorprendentes de la Sierra de la Plata y del Imperio del Rey Blanco.

Estas noticias exaltaron la imaginación de los conquistadores. Desde ese momento las miradas ya no se detenían en el horizonte. Iban más allá, hasta las cúpulas de los templos y las torres de la ciudad encantada que todos presentían al otro lado de las selvas. Era necesario descubrir un imperio. Para hacer esa vida de trabajo y sacrificios inmensos, lejos de la patria y de la familia, más valía haberse quedado en la aldea natal, al lado de sus mujeres abandonadas y de los compañeros incrédulos que no se habían atrevido a partir. Había que explorar el Río de la Plata hasta sus fuentes maravillosas, y así el 14 de octubre de 1536, un grupo de audaces, capitaneados por Juan de Ayolas y Domingo de Irala, se lanzaron río arriba en busca del Imperio del Rey Blanco.

Todos eran valientes y temerarios. En las carabelas no cabían los cobardes. La audacia los guiaba y la audacia los llevaba al triunfo. El viejo proverbio latino no había nadie, entre aquellos hombres, que no lo conociese. Cada cual deseaba vivir un romance de caballería y todos lo vivían, como en sueños, sin darse cuenta de que sus romances eran más bellos y más grandes que los de los paladines de la Edad Media.

En enero de 1537 don Pedro de Mendoza, intranquilo por la falta de noticias de Ayolas, ordenó a Juan de Salazar de Espinosa que partiese en su ayuda, siguiendo su mismo camino por aquel río silencioso y encantado que venía desde la Sierra de la Plata.

Salazar partió con sesenta hombres entre los cuales iban dos religiosos. No sabían aquellos conquistadores si Ayolas se había perdido y si a ellos también les esperaba la muerte. Partían con una sonrisa en los labios, confiados a su buena ventura, jugándose la última carta, la carta suprema. Dijeron adiós a don Pedro de Mendoza, a quien no habían de volver a ver nunca más, y se fueron a la conquista de la Sierra soñada. Parecían calmos, pero los latidos de sus corazones atravesaban el hierro de las armaduras. Los navíos de Juan de Salazar remontaron el río por espacio de seis meses largos. Aquellos hombres sentían, como nunca nadie ha sentido, el silencio de las selvas, ese silencio impresionante que hiela el alma y aprieta el corazón. Entre las ramas veían animales extraños que huían lejos, asustados. Los árboles, oscuros de sombra, se recortaban sobre el rojo y azul del horizonte. Eran árboles inmóviles que se sucedían como espectros en aquel paisaje bajo, húmedo, siempre igual, que todos los días se repetía lo mismo como si los navíos no avanzaran nunca y los conquistadores se hallasen clavados frente al espectáculo angustioso de la selva impenetrable y misteriosa. Otras veces los árboles parecían llegar al cielo y luego venían llanu-

ras verdes, cubiertas de vapores acuosos. Los indios salían de paz a los españoles. Les hablaban de los hombres blancos —de Juan de Ayolas —que poco antes habían pasado por aquellos mismos lugares, siguiendo hacia el Norte. En señal de amistad, los salvajes les ofrecían sus mujeres y algunos trozos de plata y de oro; pero los conquistadores soñaban con otras riquezas y avanzaban tras las huellas de Ayolas, remando y arrastrando a veces los navíos desde la costa con esfuerzos sobrehumanos.

Cuando creían que sus sufrimientos habían terminado, era cuando apenas comenzaban sus trabajos y sus luchas. Las flechas de algún grupo de indios enemigos herían cada tanto a algún conquistador. Entonces se enrojecía un hierro al fuego y se aplicaba sobre la herida para evitar la gangrena. Un humo picante se levantaba en seguida. La carne quemaba rápidamente. El enfermo miraba con los ojos fuera de las órbitas. Los dientes mordían un trozo de cuero. Las uñas se clavaban en las palmas. Cuando el hueso comenzaba a quemarse se retiraba el hierro ardiendo y el paciente, loco de dolor, podía considerarse salvado.

Otras veces eran las fiebres las que postraban a los conquistadores. Tirados en el suelo, hablaban en su delirio de montañas de oro, de amazonas, de ciudades encantadas. A ratos prorrumpían, también, en gritos de terror. Pedían que no los dejasen comer vivos por los caimanes o que los salvaran de la selva, que amenazaba ahogarlos entre sus lianas.

Los religiosos acudían a todas partes, vendaban las heridas, aplacaban los delirios, alcanzaban un sorbo de agua. A los que estaban por morir les hablaban del cielo, les hacían comprender que la dicha más grande no consistía en conquistar aquel imperio fabuloso, sino en entrar en el Reino del Señor, y los pobres moribundos juntaban las manos esqueléticas en señal de oración, en tanto que las visiones del Paraíso substituían en sus ojos dilatados el espejismo de los templos de oro y de las amazonas corriendo con la cabellera al viento.

Cuando Juan de Salazar se encontró con Domingo de Irala y éste le refirió que Juan de Ayolas había partido en dirección al Occidente ignoto, siempre en busca de la Sierra de la Plata y que nunca más había vuelto a saber nada de él, Salazar le dijo que traía orden de don Pedro de Mendoza de fundar una población y que pensaba levantarla lo antes posible en el puerto de los indios cario. Así lo hizo, en efecto, y la nueva ciudad llevó el nombre del día en que fue fundada: 15 de agosto de 1537: Nuestra Señora de la Asunción, en la conquista del Paraguay.

La ciudad consistía en una casa fuerte hecha de madera. Dentro de ella Juan de Salazar construyó una pequeña iglesia con un humilde altar. En ese altar se levantaba una Virgen de la Concepción, que en tiempos de la colonia se llamó "la conquistadora" por haber venido desde España con los primeros conquistadores.

Los dos religiosos que habían acompañado a Salazar quedaron al cuidado de esta iglesia mientras el fundador volvía a Buenos Aires a dar cuenta a don Pedro de Mendoza de lo que ocurría en el Paraguay. Pero don Pedro de Mendoza había abandonado Buenos Aires y Salazar se encontró con Francisco Ruiz Galán que mandaba en su lugar. Ruiz Galán y Salazar se dirigieron entonces a la Asunción.

Esta vez a los conquistadores les parecía que las selvas se abrían para dejarlos pasar y que ya no se cerraban sobre ellos como una tumba. En las horas de descanso, cuando las sombras caían sobre los bosques, todos encendidos en llamaradas de perfumes agrios y fuertes, los conquistadores oían las pláticas de los más leídos, que contaban aventuras de viajes por el Oriente, aprendidas en libros antiguos que hablaban de templos de porcelana y de países con dragones y gigantes.

Cuando llegaron a la Asunción, Francisco Ruiz Galán tuvo unas disputas con Irala, porque éste no quería cederle el mando y así resolvió volverse en seguida a Buenos Aires; pero antes de partir edificó una iglesia de madera para sustituir el altar que figuraba en el fuerte.

En esta pequeña iglesia decían misa los Padres Francisco de Andrada, portugués, que fue el primer cura párroco de la Asunción; Juan Gabriel de Lezcano, Fray Juan de Salazar y Fray Luis.

Al pasar por Corpus Christi, la población fundada por Ayolas el 15 de junio de 1536, Ruiz Galán levantó otra iglesia que dejó al cuidado de los clérigos Luis de Miranda y Juan de Santander.

En mayo de 1538, Ruiz Galán llegó a Buenos Aires donde supo que algunas iglesias se habían quemado y que otras las había arrasado la corriente del río. Entonces Ruiz Galán destruyó una nao y con su maderamen edificó otra iglesia que llamó del Espíritu Santo y puso al cuidado del clérigo Julián Carrasco, el primer cura párroco de Buenos Aires.

En febrero de 1539 llegaron a esta ciudad los conquistadores que se habían quedado en Corpus Christi. Casi todos venían heridos porque los indios habían asaltado el fuerte para vengarse de un ataque que ocho meses antes les había llevado Francisco Ruiz Galán. Entre los sobrevivientes llegaba también el clérigo Luis de Miranda

que pasó en seguida a desempeñar sus oficios en la iglesia del Espíritu Santo.

Este clérigo Luis de Miranda, del cual algún día escribiremos su vida completa, antes de ser sacerdote había peleado como soldado en Italia, compuso comedias y fue el primer poeta del Río de la Plata, pues de él se conserva un poema en que refiere la fundación de Buenos Aires con todos los horrores que le siguieron, del hambre y de los asaltos de los indios.

La conquista para este tiempo ya estaba asegurada. Los conquistadores dominaban en Buenos Aires y en la Asunción; pero hacían falta armas, municiones, papel para escribir y ornamentos para las iglesias. Entonces se resolvió que las naos "Trinidad" y "Santa Catalina" volvieran a España con unos emisarios encargados de pedir al Rey todo lo que hacía falta en el Río de la Plata.

Estos emisarios que llevaron amplios poderes de los conquistadores de Buenos Aires, fueron Alvaro Suárez de Carabajal y el cura Julián Carrasco.

Estamos en el año de 1539, a fines de abril. No vamos a historiar los sucesos que ocurrieron desde esta fecha hasta el mes de junio de 1541, en que Domingo de Irala, teniente gobernador y capitán general del Río de La Plata, decidió despoblar Buenos Aires, porque estos sucesos pertenecen a la historia política de estas regiones que ya hemos estudiado en otros libros nuestros. Domingo de Irala, enemigo de Francisco Ruiz Galán, teniente gobernador de don Pedro de Mendoza en Buenos Aires, para que su adversario no tuviese ningún lugar en donde mandar, destruyó esta ciudad con la excusa de concentrar todos los hombres en la Asunción y estar, así, en mejores condiciones para llevar a cabo la conquista de la Sierra de la Plata.

El desamparo de Buenos Aires fue innecesario, cruel y trágico. Irala hizo quemar la iglesia del Espíritu Santo, una nave que estaba en tierra y servía de fortaleza y todas las casas de madera.

Los pobladores de Buenos Aires protestaron. Hicieron notar a Irala que ellos tenían allí sus casas con sus sembrados, su iglesia, una cerca de árboles, depósito de provisiones y que los indios no se atrevían a aproximarse a la población; pero Irala hizo arrasarse la ciudad y sobre sus ruinas dejó una cruz debajo de la cual había una larga carta con instrucciones para los navegantes que llegasen a aquel puerto abandonado.

La primera Buenos Aires fundada por don Pedro de Mendoza

vivió cinco años. Tuvo la vida de un largo ensueño, durante el cual los conquistadores creyeron que alcanzarían muy pronto la Sierra de la Plata. A este primer período de nuestra historia, que representa el primer paso de la conquista, con sus ilusiones y sus dramas, siguió un período de colonización intensa, en el cual los españoles exploraron el Chaco en todos los sentidos y formaron una raza nueva por medio de sus uniones con las mujeres indias.

La vida en la Asunción durante los gobiernos de Irala y de Alvar Núñez era la vida de un pueblo con quinientos habitantes y más de quinientas mil turbaciones, como dijo un conquistador de aquellos tiempos.

En medio de las pasiones políticas, los sacerdotes que vivían en la Asunción se declaraban partidarios de uno u otro bando, pero a pesar de estas contradicciones la fe cristiana se arraigaba cada vez más entre los indios.

La primitiva iglesia de la Asunción fundada por Francisco Ruiz Galán no tuvo buena suerte. Domingo de Irala, para que no quedara en pié nada de lo que había levantado su odiado rival, la vendió a los Oficiales Reales Alonso Cabrera y Garcí Venegas. Más tarde, Alvar Núñez trató de convencer a estos oficiales Reales que reedificasen la iglesia; pero ellos dejaron pasar el tiempo hasta que el mismo Alvar Núñez tuvo que hacerla. En esta iglesia se reunían los cabildantes de la Asunción y también se refugiaban los delincuentes, por lo cual los enemigos de Alvar Núñez lo acusaban de que cuando hablaba de la iglesia no la llamaba nunca con este nombre, sino con el de "casa de ladrones".

A fin de conseguir para la iglesia mayor de la Asunción algunos ornamentos, los conquistadores fundaron una cofradía que llamaron de San Sebastián. El párroco Francisco de Andrade era tan pobre que no tenía ni misales, ni capa, ni libros, ni pan, ni vino para consagrar. Sin embargo aspiraba a ser obispo del Paraguay y en este sentido escribió a España, en el año 1545, al mismo tiempo que Domingo de Irala y otros conquistadores también se dirigían al Rey pidiendo un Obispo para la Asunción.

Por este tiempo en la capital del Paraguay había, además de la iglesia mayor y de la ermita de San Sebastián, dos monasterios atendidos por un fraile jerónimo y otro de la Trinidad, y unos diez o doce clérigos que se ocupaban en doctrinar a los indios. Uno de los monasterios se llamaba de nuestra Señora de La Merced y el otro de Nuestra Señora de Guadalupe. Tanto los monasterios como la iglesia eran de tapias, cubiertos de paja.

En atención a estos hechos, el Rey de España encargó a su Em-

bajador en Roma que solicitase del Papa Paulo III la creación del Obispado del Río de la Plata, y este fue creado el 1º de julio de 1547 con sede en la ciudad de la Asunción, siendo nombrado Obispo el franciscano fray Juan Barrios.

Tras largos preparativos, hasta la fecha ignorados, que hemos dado a conocer en un volumen recientemente aparecido, don fray Juan de Barrios se embarcó con destino al Río de la Plata en la armada del gobernador Francisco Alanís de Paz, que debía venir a tomar juicio de residencia a Domingo de Irala por su mal gobierno; pero los amigos de Irala embarcados en estas naves promovieron varios disturbios que obligaron al gobernador Alanís de Paz a regresar a Cádiz. El viaje fue suspendido definitivamente y el Obispo de la Asunción tuvo que hacerse cargo del Obispado de Santa Marta, en el Nuevo Reino de Granada, adonde llegó en el año 1552.

El primer Obispo que vino al Paraguay fue fray Pedro Fernández de la Torre. Hombre enérgico y decidido, que había jurado cruzar el Chaco hasta alcanzar las amazonas, tuvo una parte activísima en la política del Paraguay, siendo, por consiguiente, enaltecido por unos y combatido por otros.

Fray Pedro Fernández de la Torre llegó a la Asunción el 1º de abril de 1556. El 3 de octubre del mismo año murió Irala. Con él terminó la época brillante de los descubrimientos, de las aventuras y de las leyendas infinitas. La conquista había terminado y en realidad comenzaba la colonización. La segunda Buenos Aires de Juan de Garay debía fundarse mucho más tarde, veinticuatro años después, en 1580; pero la palabra de Cristo se expandía por los ámbitos del Chaco inmenso, llevada por misioneros y conquistadores. Es por ello que cuando Garay repobló Buenos Aires, en medio de estandartes y de colonos vestidos de fiesta, con la espada desnuda y a su lado el alférez del Rey que llevaba en alto el pendón de Castilla, tenía a su derecha a un fraile franciscano, el custodio fray Juan de Rivadeneyra, que bendijo la ciudad para que en esta tierra resplandeciera siempre la religión de Cristo.

Los nuevos fundadores de Buenos Aires no eran aventureros ni habían venido con una quimera en la mente a la conquista de imperios fabulosos. Ya nadie creía en el mito del oro, sino en la realidad del trabajo. Los hombres no levantaban la mirada escrutando a lo lejos la aparición imposible de ciudades que no se hallaban. Bajaban las frentes, con las manos juntas, musitando un rezo para que Dios los ayudase, mientras que los oídos, tal vez por un instante engañados, creían percibir a lo lejos, traído por el viento del Norte, el sonido de una campana que repiqueteaba como en los días de fiesta.

Era el eco, que no había muerto, de aquella campana que más de cincuenta años antes el clérigo portugués Francisco García, de la armada de Sebastián Caboto, había hecho sonar en el fuerte de Sancti Spíritus, llamando a misa a los conquistadores. Aquel eco desde entonces se había agrandado, surcando pampas y ríos, como para que durante el correr de los siglos no dejasen de oírlo las innúmeras generaciones de conquistadores, nacidos en todos los rincones de la tierra, que en el futuro habían de llegar a estas playas atraídos por el eterno espejismo de nuestro Río de la Plata, siempre poblado de ensueños y de nuevas esperanzas.

